

CERO EN CONDUCTA (ZÈRO DE CONDUIT, 1933)

Del ahogo del momento de tránsito surge un film más mudo que sonoro; es de hecho o sólo tal vez una reverencia al mudo, y sobre todas las cosas una obra de celebración: festividad, alegría, celebración; magia, música, celebración. Mientras en la escuela los rígidos responsables se dedican a disponer los festejos del Mayúsculo día de la celebración anual, los chicos se preparan para echarlo a perder y celebrar su celebración verdadera, una auténtica revolución a favor de la alegría y la diversión, y también para llenarlo todo de vida. Y para celebrar y hacer la Revolución hay que ponerlo todo patas arriba, es necesario, imprescindible romper cojines y saltar sobre los colchones, subir a cualquiera en un palio y desfilar en su honor bien contentos cuando está prohibido, bajo una lluvia de plumas, y moverse despacio en el encanto de un tiempo eternizado, regocijándose en su poesía tan verdadera. Y también hace falta despojarse de la bandera de los hombres e izar la enseña pirata, y que todo se mantenga siempre bien arriba, que la emoción no desaparezca y se pierda la partida, y luego correr como locos de un sitio para otro, y un baile y sonreír y dar la espalda a todo cuando ya esté todo dicho, pero por donde no se pueda, por el tejado, haciendo burla y que los otros canten y también gritar, como Cocteau y a lo loco ¡¡¡¡¡¡¡FAN!!!!!!! (vulgar transcripción castellanizada de la pronunciación francófona de “fin”)

Jorge Oter

44 minutos de puro gozo. Genial. Minimalismo sonoro en el sentido estricto del término. Las primeras voces aparecen ya bien discurrido los minutos. La sensación al verla es que Jean Vigo coge lo más bello del cine mudo: la mímica. La secuencia inicial del tren es memorable donde ya uno queda deslumbrado por la portentosa técnica que irradia la película en cuanto encuadres e iluminación se refiere. Los protagonistas, unos niños que crean su propia revolución. La estricta institución educativa de la época (el film está rodado en 1933) es puesta en jaque por los propios sustentadores: chavales de corazón revolucionario, inocente. Niños más grandes, literalmente, que el director del centro. Su única arma un vitalismo rebosante de frescura frente los apalancados profesores pendientes de las directrices y el curioso director. Pero lo verdaderamente genuino es que a pesar del inevitable castigo, a pesar de la eterna sanción dominical ellos no se amedrentan. Suben en grupo, a la cima del centro escolar, cantando como si ese momento fuese el más importante de sus vidas.

Germán Rodríguez